

Manuelita presente, una vez más

Susana Cordero de Espinosa

* Presidenta de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, escritora.

En este año 2022, para la obra *Bicentenario de Pichincha. Reflexiones sobre la República*, ideada por el jurista y escritor Fabián Corral Burbano de Lara, bosquejé brevemente la figura de Manuelita Sáenz, no en vano llamada por Simón Bolívar, «La Libertadora del Libertador».

Aún en el 2022, y a doscientos años de nuestra «independencia», debemos seguir pagando la deuda que nuestra América tiene contraída con Manuelita.

Aún en el 2022, y a doscientos años de nuestra «independencia», debemos seguir pagando la deuda que nuestra América tiene contraída con Manuelita. Si algo de lo que digo aquí repetirá lo escrito entonces, este texto será más bien un colofón que ahonde en su carácter y sus proezas vividas con encanto, gracia y sabiduría.

¿Era esto la historia de los hombres? ¿Este laberinto, este vano juego de sombras? El

pueblo venezolano maldice las guerras que le han arrebatado a la mitad de sus hijos en remotas comarcas, y nada le han dado. Venezuela se desgaja de la Gran Colombia y Ecuador también se aparta, mientras Bolívar yace bajo un sucio toldo en la barca que baja por el río Magdalena hacia la mar (Galeano, p. 169).

Aspiro a no traicionar en estas páginas el enorme poder de Manuela, sometida a experimentar, vivir y sufrir grandes hazañas, y luego, durante largos años, a sacrificarse a las secretas y difíciles *pequeñeces* de lo doméstico. Dos lados de lo real-femenino que ella vivió intensamente, hasta convertirse en símbolo de una nobilísima y patriótica feminidad.

Evoco la circunstancia más conocida y trascendental de la relación entre Bolívar y Manuela:

La noche del 25 de septiembre de 1828, aunque Manuela estaba resfriada, Bolívar la hace llamar; ella va a palacio, a acompañarlo (...). Mientras él yace en su lecho, ella le lee en voz alta. Bolívar se queda profundamente dormido.

A Manuela la despiertan los ladridos de los perros y el ruido de fuera; también a Bolívar que, armado, corre a la puerta; ella le persuade de que se vista antes de abrir y, al ver la ventana, evoca el comentario de Bolívar sobre la utilidad de ese mirador como medio de escape, y le anima a saltar, mientras los atacantes fuerzan la cerradura.

A Manuela la despiertan los ladridos de los perros y el ruido de fuera; también a Bolívar que, armado, corre a la puerta; ella le persuade de que se vista antes de abrir y, al ver la ventana, evoca el comentario de Bolívar sobre la utilidad de ese mirador como medio de escape, y le anima a saltar, mientras los atacantes fuerzan la cerradura. Una vez afuera, Bolívar se dirige al oriente y, luego, hacia el sur; se encuentra con un panadero del palacio, que le ayuda y acompaña; al llegar al río San Agustín, escondidos bajo el puente del Carmen pasan dos o tres horas, helados en el frío líquido y nocturno. Mientras tanto, ella enfrenta a los conspiradores que la sujetan y le exigen decirles dónde se halla Bolívar. Cuenta la ensayista Pamela Murray:

Después de tales acontecimientos, Sáenz tuvo fiebre y padeció los efectos de la golpiza durante unos doce días. Sin embargo, no había dejado de ayudar a otros (Murray, p. 108).

Respecto de este trágico evento y del papel imponderable que Manuela tuvo en él, ella misma narra lo ocurrido ese veinticinco de septiembre de desgracia, en larga carta a David O'Leary enviada desde Paita y escrita el 10 de agosto de 1850, cuando se

hallaba ya imposibilitada de caminar por una caída que le rompió la cadera, y a solo seis años de su muerte:

Yo fui a encontrarme con ellos [los conspiradores] y darle tiempo a que se vaya, pero no tuve tiempo para verlo saltar ni para cerrar la ventana (...) al huir dejaron centinelas en las puertas y las ventanas y se fueron al oír pasos de bota errada; me asomé a la ventana (...) subí a ver a los demás, (...) entonces les dije lo que había ocurrido; y lo más gracioso de todo era que me decían ¿a dónde fue?, cosa que ni el mismo Libertador sabría a dónde iba; (...) me fui hasta la plaza y ahí encontré al Libertador, a caballo, hablando con Santander y Padilla entre tropa que lo vivaba. Cuando regresó a la casa me dijo: «Tú eres la Libertadora del Libertador» (V.J., pgs. 180-184).

Los dos años siguientes, la política se enrarece en las jóvenes repúblicas. Bolívar enfermo, solo y cansado, trabaja en pro de sus sueños, pero vive a diario el fracaso de su lucha: el ambiente militar, la misma realidad, solo le muestran su desconcertada soledad.

En la proclama del *Congreso Admirable*, manifiesta lo que podrán esperar de dicha asamblea, que tendría lugar entre el 20 de enero y el 11 de mayo de 1830: será síntesis de la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas; buscaba conciliar la creación de la República y evitar la disolución de la Gran Colombia; según la nueva Constitución, promulgada el 29 de abril, la Gran Colombia es un país con un sistema político republicano, gobierno alternativo y estructura centralista. El 4 de mayo se acepta la renuncia de Bolívar y una semana después, proclamado el nuevo

gobierno sin él, Bolívar decide partir. Lleva en el alma la desilusión de no haber recibido un solo voto para presidir los países que él mismo liberó. [https://es.wikipedia.org/wiki/Congreso_Admirable]

La víspera de su viaje, lo visita Manuela. Cuenta García Márquez ese encuentro final:

El día anterior, durante la breve despedida formal, le había dicho: «Mucho te amo, pero más te amaré si ahora tienes más juicio que nunca». Ella lo entendió como otro homenaje de los tantos que él le había rendido en ocho años de amores ardientes. De todos sus conocidos, ella era la única que lo creía: esta vez era verdad que se iba. Pero también era la única que tenía al menos un motivo cierto para esperar que volviera» (G.M. pg. 14).

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran (G.M., p. 44).

En el sitio de Cuatro Esquinas, donde empezaba el camino empedrado, Manuela Sáenz esperó el paso de la comitiva, sola y a caballo, y le hizo al general desde lejos un último adiós con la mano. Él le correspondió de igual modo, y prosiguió la marcha. Nunca más se vieron (G.M. p. 47).

Pero ella, en ese ínterin inició, llena de la belleza y el esplendor que le atribuyen los que la conocieron, el período de su vida en el que se probaría la integridad de su

Pero ella, en ese ínterin inició, llena de la belleza y el esplendor que le atribuyen los que la conocieron, el período de su vida en el que se probaría la integridad de su amor por Bolívar y por la causa americana.

amor por Bolívar y por la causa americana. Entonces, más que durante los ocho años de plenitud de su mutua pasión entrecortada, ella exhibió en nuestra historia su constante, inteligente, activísima entrega.

La segunda semana de diciembre [de 1830] pasó por Santa Marta el coronel Luis Peru de Lacroix, un joven veterano de los ejércitos de Napoleón que había sido edecán del general (...) y lo primero que hizo después de visitarlo fue escribir la carta de la verdad a Manuela Sáenz, el 18 de diciembre de 1830, desde Cartagena. Dicha carta decía, en esencia:

A mi señora doña Manuela Sáenz

Mi respetable y desgraciada señora:

He prometido escribirle a usted y hablarle con verdad. Voy a cumplir este encargo y empezaré por darle la más fatal noticia.

Llegué a Santa Marta el 12, y al mismo momento me fui para San Pedro, donde se halla el Libertador. Su excelencia estaba ya en estado cruel y peligroso de enfermedad (...). Permanecí en San Pedro hasta el 16, que partí para esta ciudad, dejando a Su Excelencia en estado de agonía que hacía llorar a todos los que lo rodeaban (...). Sí, mi desgraciada señora, el grande hombre estaba para dejar esta tierra de la ingratitud y pasar a la mansión de los muertos a tomar

asiento en el templo de la posteridad y de la inmortalidad, al lado de los héroes que más han figurado en esta tierra de miseria (...). Lloro ya la muerte del Padre de la Patria, del infeliz y grande Bolívar, matado por la perversidad y por la ingratitud de los que a él todo lo debían, que todo lo habían recibido de su generosidad.

Soy de usted admirador y apasionado amigo, y también su atento servidor, q. b. s. p. Peru de Lacroix.

Manuela emprendió viaje a Santa Martha, en la esperanza de encontrar aún vivo al Libertador, pero en Guaduas le anunciaron que ya llevaba toda una vida de retraso. La noticia la borró del mundo.

Al saber de esta irredimible pérdida, Manuela se hundió en sus propias sombras, sin más cuidados que dos cofres con papeles del general, que logró esconder en un sitio seguro de Santa Fe (...). El general Santander, en uno de sus primeros actos de gobierno, la desterró del país.

Manuela se sometió a su suerte con una dignidad enconada, primero en Jamaica y luego en una errancia triste (G.M. p. 260).

La vida de Bolívar terminó el 17 de diciembre de 1830, cuando el héroe máximo de la independencia de seis de las actuales repúblicas americanas, Venezuela, Colombia,

Ella, entera en su dolor, y con certera intuición del porvenir, solo anheló proteger y reivindicar para la memoria universal la vida y la dimensión política y humana de su amante, el general Simón Bolívar.

Ecuador, Panamá, Perú y Bolivia, expiró. Ella, entera en su dolor, y con certera intuición del porvenir, solo anheló proteger y reivindicar para la memoria universal la vida y la dimensión política y humana de su amante, el general Simón Bolívar.

En 1934, fue expulsada del país por Santander, y en su condición de quiteña se afaná por llegar a Quito, apoyada en su amistad con Juan José Flores, y reclamar la hacienda de Catahuango, ámbito querido de su primera juventud, que en herencia le correspondía, pero Rocafuerte, presidente del Ecuador, se lo impidió, porque Manuela constituía una referencia política que perturbaba los intereses del partido gobernante.

El señor Vicente Rocafuerte era Presidente del Ecuador, desde el 8 de agosto de 1835; el general Juan José Flores, jefe militar de Guayaquil; con él se entrevistó Manuela Sáenz en el puerto, ya que era su viejo amigo desde el año 22, año de la llegada de Bolívar y su ejército a Quito. Manuelita aseguró al general de sus sentimientos pacíficos y de sus intenciones respetuosas ante el gobierno; recibió un salvoconducto y cartas de recomendación para las autoridades; escribió además Flores una carta al Presidente recomendando a su protegida y dándole las seguridades sobre su pacífico comportamiento. Y así se puso en camino hacia su ciudad natal y llegó sin contratiempos a Guaranda (VJ.), p. 21).

Desafortunadamente, caminando más a prisa que ella, llegó al Presidente Rocafuerte la noticia de la llegada y proximidad de la amiga del Libertador. Don Vicente reaccionó con violencia: de inmediato despachó un edecán hacia el sur, con orden perentoria dirigida a todas las autoridades

del tránsito para detener y obligar a regresar a Guayaquil a doña Manuela Sáenz, y luego desterrarla del país (VJ.), p. 22).

Esta carta es solo el preámbulo del pronto inicio de su vida en Paita. Traslado también parte de una de las cartas de admirable tono profético, que cuentan el dolor de Manuela ante la orden del gobernante Rocafuerte, mandato inexplicable e injusto. La dirige al general Flores, su amigo, que abogaba por ella ante Vicente Rocafuerte:

Excelentísimo Señor Juan José Flores

Guaranda, octubre 19 de 1835

Mi querido amigo:

En mal papel, de mala letra, apenas puedo a usted ofrecer un buen corazón. Ayer salí de aquí para el Sinchig y hoy he tenido que regresar por obedecer las órdenes del Gobierno. Usted se impondrá por la copia que acompaño: en ella verá usted que es dictado por un ebrio y escrita por un imbécil. ¿Hay razón para que este canalla ponga por argumento mi antigua conducta? Señor, mis hermanos mucho me han hecho sufrir. ¡Basta! Algún día sentirán haberme mortificado; pues mi carácter, mi conducta me justificarán (...) solo que usted me diga: «Manuela, usted cometió el gran delito de querer al L... Salga usted de su patria, pierda usted gustosa lo poco que tiene, olvide patria, amigos y parientes» [Carta de Manuela a Juan José Flores, desde Guaranda, 19 de octubre de 1935].

Para mejor comprensión de esta triste e injusta circunstancia, reproducimos parte de una carta de Rocafuerte a Flores (VJ., p. 102):

He sentido en el alma la necesidad en que nos hemos visto de obrar como lo hemos hecho con respecto a la señora Manuela Sáenz: pero si usted estuviera aquí y viera las grandes esperanzas que fundan en su viveza y audacia [El subrayado es mío], usted hubiera sido el primero en aconsejarnos una medida que diera la política y exige la tranquilidad pública. ...

Asusta a Rocafuerte la presencia de Manuela y su relación con los Quiteños Libres, y exhorta a Flores:

Seréne usted, mi querido General y no se afecte por cosas que no merecen la pena. Deje usted que se vaya Manuela Sáenz. (...) Bastante ha hecho usted por evitarlo (Carta de José Miguel González Alminati, Ministro del Interior, p. 104).

Expone así su determinación, torpe y grosera para la historia:

«... por el carácter, talentos, vicios, ambición y prostitución de Manuela Sáenz, debe hacerse salir del territorio ecuatoriano, para evitar que reanime la llama revolucionaria» [Inés Quintero, *Manuela Sáenz, una biografía confiscada* [https://www.google.com/search].

Expulsada de su patria, hacia mediados de noviembre de 1835 sale de Guayaquil al exilio.

Llega a Paita, puerto caluroso y polvoriento 'relativamente próspero': contaba con un comercio pujante y una 'interesante mezcla de residentes extranjeros y nativos', comerciantes, funcionarios, viajeros, entre ellos, algunos compatriotas de Manuela (Murray, p. 160).

«El mucho quejarse *hagota* la *compación*», había escrito Manuela en la amarga circunstancia de su inmensa pérdida por la muerte del general Simón Bolívar. Resume en esta frase de incipiente ortografía [la ortografía 'oficial' del español no se regularía sino alrededor de cuarenta años más tarde] la profundidad de su comprensión del mundo, la del entendimiento de sí misma y del sentido del existir humano. Ella sabía entonces que su pena no hallaría consuelo, que debía vivirla a fondo, sin esperar ser oída ni confortada por los demás. [Citada por Pamela Murray, corresponde a una carta que Manuela Sáenz dirigió a Dundas Logan, comerciante inglés, desde Guaduas, el 24 de noviembre de 1830].

1853, Paita

Los tres

Ya no viste de capitana, ni dispara pistolas, ni monta a caballo. No le caminan las piernas y todo el cuerpo le desborda gorduras, pero ocupa su sillón de inválida como si fuera trono y pela naranjas y guayabas con las manos más bellas del mundo. Rodeada de cántaros de barro, Manuela Sáenz reina en la penumbra del portal de su casa. Más allá se abre, entre cerros del color de la muerte, la bahía de Paita. Desterrada en este puerto peruano, Manuela vive de preparar dulces y conservas de frutas. Los navíos se detienen a comprar. Gozan de gran fama, en estas costas, sus manjares. Por una cucharita, suspiran los balleneros.

Al caer la noche, Manuela se divierte arrojando desperdicios a los perros vagabundos, que ella ha bautizado con los nombres de los generales que fueron desleales a Bolívar. Mientras 'Santander',

'Páez', 'Córdova', 'Lamar' y 'Santa Cruz' disputan los huesos, ella enciende su cara de luna, cubre con el abanico su boca sin dientes y se echa a reír. Ríe con todo el cuerpo y los muchos encajes volanderos.

Desde el pueblo de Amotape viene, a veces, un viejo amigo. El andariego Simón Rodríguez se sienta en una mecedora, junto a Manuela, y los dos fuman y charlan y callan. Las personas que más quiso Bolívar, el maestro y la amante, cambian de tema si el nombre del héroe se cuele en la conversación.

Cuando don Simón se marcha, Manuela pide que le alcancen el cofre de plata. Lo abre con la llave escondida en el pecho y acaricia las muchas cartas que Bolívar había escrito a la única mujer, gastados papeles que todavía dicen: Quiero verte y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte... Entonces pide el espejo y se cepilla largamente el pelo, por si él viene a visitarla en sueños (Galeano, pgs. 215-216).

Se mantiene con dignidad y gracia. Ayudada por sus esclavas, hace los dulces que aprendió en el convento y borda primorosamente. Pero quienes vienen a verla acuden, sobre todo, para conversar con ella y extasiarse en la fidelidad de sus recuerdos, si accede a contarlos.

¿Conoció Manuela al joven Herman Melville, que llegó a Paita a bordo de un ballenero en el cual, sin duda, descubría el ambiente en el que narraría la espléndida aventura del capitán Ahab, que persigue a la ballena blanca como quien quiere agotar la batalla contra el mal por los incansables mares del universo? ¿La visitaba Simón Rodríguez, el errante y amado maestro de Bolívar?

¿Contestó él «Me marchó, dos soledades no pueden hacerse compañía», al pedido de Manuela de que se quedara en Paita? ¿La visitó Garibaldi? ¿Cuántas preguntas acerca de su vida, fértil hasta el fin!

La lectura de sus cartas entre 1830 y 1856, cuando murió, narra su historia paitaína. Comentarlas exige largo trabajo de minuciosa y exigente lectura e interpretación, de mirada a la historia de aquel tiempo 'inicial', luego de la Colonia y de las guerras independentistas. La mayoría de sus cincuenta y cuatro cartas fueron escritas entre 1829 y 1845, y dirigidas al general Flores; unas pocas merecieron respuesta directa o indirecta de él. Ella, disponible para entender sus silencios, le confiaba sus preocupaciones sobre su limitada economía y su cotidianidad, sin haber dejado jamás de referirse a los desasosiegos de la política. En el aprecio de Flores por Bolívar basa lo mejor de su amistad; lo mantiene al tanto de cuanto oye sobre el suceder ecuatoriano, e interviene desde sus cartas en la vida y la política de su país. He aquí las palabras que, a propósito, el historiador y gran sacerdote Jorge Villalba S. J. escribe en su minucioso epistolario:

*Ya no como amazona, «montando en su caballo y galopando, a cuenta de genio, empuñando una lanza» como ella se describe en una de sus epístolas, ahora interviene con su previsión, su talento, su acertado juicio, sus consejos, y la insondable riqueza afectiva de su corazón [El subrayado es mío]. ¡Qué contraste, pienso, con las apretadas y necias convicciones del escritor venezolano Guillermo Morón, que denigra a Manuela acusándola de barraganía y amancebamiento! Sigue el sacerdote: *A veces se enoja; pero asegura que no le**

Quisiéramos, deberíamos seguir. Nos pasa lo que a tantos que la conocieron: Manuela Sáenz nos cautivó: la real, la soñada. La mujer que amó, luchó y fue fiel a su amor, y que, contagiada de patriotismo, vivió sus dos pasiones: la inquietud dolorida e incesante por las circunstancias de su patria y las de los países bolivarianos, que fue la misma que entregó al general Simón Bolívar y que la volvió Libertadora para siempre.

dominan odios ni rencores: le mueve el amor, «la amistad de los vivos y de los muertos», a cuya memoria quiere ser consecuente (VJ). pgs. 65-66).

Quisiéramos, deberíamos seguir. Nos pasa lo que a tantos que la conocieron: Manuela Sáenz nos cautivó: la real, la soñada. La mujer que amó, luchó y fue fiel a su amor, y que, contagiada de patriotismo, vivió sus dos pasiones: la inquietud dolorida e incesante por las circunstancias de su patria y las de los países bolivarianos, que fue la misma que entregó al general Simón Bolívar y que la volvió Libertadora para siempre. Por su intensísima vida tuvo que pagar un alto precio. Así es; así debería ser.

Fueron apenas ocho los años de su relación con Simón Bolívar, su entrega a esa doble pasión desbordante de amor y de guerra; la gracia de su personalidad repleta de juventud y humor aunada a su capacidad de lucha; la evocación de heridas, agonías y muertes sin tregua provocadas por las guerras en las que también a su manera llena de amor, participó, permanecieron en ella, hasta su propia partida.

Manuela contribuyó singularmente a la independencia de los países bolivarianos, convertida por amor a Bolívar y a la patria en archivera de documentos reservados, ‘espía’ e ‘informante’. Ella, a partir del 17 de diciembre de 1830, luctuoso para América y para el mundo libre, siguió luchando en Colombia y luego en Paíta, a favor de su patria, el Ecuador, así como de la patria y América unidas que Bolívar soñó.

Soy consciente de que, en esta nueva aproximación a la vida de Manuela —que espero no será la última—, apenas cupo la narración de su intensa experiencia de más de veinte años de desarraigo y soledad en Paíta; de que resulta casi imposible abordar los comentarios, aserciones y disentimientos sobre su larga y, de parte de ella, fiel correspondencia con el presidente del Ecuador Juan José Flores y con algún otro corresponsal.

Pamela Murray, con singular acierto, se refiere a debilidades generalizadas en biografías sobre Manuela Sáenz.

Si bien incluyen diversos detalles sobre sus años en Paíta, poco dicen, por ejemplo, sobre la amistad que Sáenz entabló con los habitantes del pueblo o sobre el papel que desempeñó en la pequeña comunidad de emigrados ecuatorianos. Al igual que el libro de Rumazo, Las cuatro estaciones de Manuela (1952), de Von Hagen ignora la continua participación de Sáenz en el mundo de la política; nada dice sobre su empeño para colaborar con el general J. J. Flores, dos veces presidente ecuatoriano, a partir de 1835, o sobre sus vínculos con otros personajes importantes, casi todos antiguos seguidores de Bolívar, como ella misma (Murray pgs. 29-30).

Todo nos queda todavía por decir.

La vida de Manuela no fue solo ‘una épica historia de amor’ que no terminó con la muerte de Bolívar ni con su destierro. Para entenderlo y vivirlo con ella, habría que haberla seguido durante los más de veinte años de confinamiento en el árido puerto peruano, y desde su rico pasado, en recuerdos que jamás traicionó sobre el Ecuador, su patria, sobre lo que en ella sucedía en los gobiernos de Flores, a quien escribió incansablemente desde su destierro.

Manuela Sáenz, en Paíta —escribe el jesuita Jorge Villalba— interviene en estos azares de su patria, especialmente mediante sus cartas. Este amor se concreta primero en favor de su patria; lo confiesa, lo proclama tantas veces. Trabaja por un Ecuador grande, dentro de los límites y de la amplitud por cuya integridad expusieron la vida sus amigos. Quiere verlo próspero y digno. Y nada se opone a este ideal tanto como la ilegalidad política, la subversión contra el orden democrático, contra el gobierno legítimo: anhela la paz y la estabilidad.

Son palabras escritas para el Ecuador de entonces, para la patria de siempre. Conocer la historia de esa mujer admirable implica entrar en su largo epistolario.

En Paíta, Manuela cae de las escaleras de su casa, se fractura la cadera y sus movimientos se reducen para siempre a una silla, una hamaca y una habitación. Engorda mucho. Un barco ballenero atraca en el puerto llevando a un marino enfermo de difteria. La epidemia se expande y mata a mucha gente, entre ellas a una de sus sirvientas y finalmente a Manuela, el 23 de noviembre de 1856. (...) Murió

en una epidemia de peste, a la edad de cincuenta y nueve años, y su cabaña fue incinerada por la policía sanitaria con los preciosos papeles del general, y entre ellos sus cartas íntimas. Para evitar el contagio, se ordena incinerar sus pertenencias y enterrar su cuerpo en una fosa común (G.M. p. 260).

He escrito este artículo con alegría y pasión; ojalá para alguno de sus lectores fuese el inicio del entusiasmo por la vida de Manuela Sáenz, a quien, en rigor y sin exageración alguna, debemos la vida de Bolívar y la liberación de las hoy seis repúblicas ya citadas, Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Bolivia. Respecto del valor histórico que tuvieron la existencia, la pasión, el inteligente encanto de Manuela Sáenz, nadie lo pone en duda hoy. Así, el citado sacerdote Jorge Villalba escribe, a manera de introducción en su dignísimo, incomparable epistolario:

En el presente volumen publicamos sesenta cartas de Manuela Sáenz Aispuru, de las cuales muy pocas piezas se habían conocido hasta ahora. Se añaden numerosos escritos y documentos referentes a ella. Los documentos servirán para esclarecer y definir ciertos sucesos y pasos de su vida y las de sus familiares.

Las sesenta cartas corresponden, con pocas excepciones, al período de 1830 a 1846, y están dirigidas principalmente al General Juan José Flores. Por lo tanto, solo se refieren a una etapa reducida de la existencia de nuestra heroína y, [añade el sacerdote, refiriéndose con ejemplar modestia a su ingente tarea de recolección, análisis, anotaciones y descripciones del material publicado en su libro] en realidad, no podría llamarse un epistolario [El subrayado es mío]. Mas, cualquier papel

o frase de Manuelita que se encuentre, debe ser publicado, porque, como dijo el señor Vicente Lecuna al publicar tres cartas de Manuela Sáenz, todo lo que de ella se conozca contribuye a conocer la historia de Bolívar y de la patria. Con el mismo afán, el doctor Luis Felipe Borja dio a la estampa diecinueve cartas de Manuela dirigidas al señor Roberto Ascásubi, entre 1845 y 1856.

Estos epistolarios, y los demás documentos que se van encontrando, ayudan a reconstruir la personalidad de esta extraordinaria quiteña y su intervención en los acontecimientos de los años verdaderamente épicos que le tocó vivir.

La historia del Ecuador posee una galería espléndida de mujeres de notable mérito, en muy variados campos, y es ventura nuestra el que de Manuela Sáenz se revelen cada vez más hechos y más escritos (JV, pp. 13-14).

Confío en que la lectura de este, a manera de resumen de mi trabajo titulado «Manuela Sáenz, la Libertadora», y publicado este año de 2022 en «Bicentenario de Pichincha. Reflexiones sobre la República», contribuya a abrir a sus lectores el mayor interés hacia la personalidad, época y circunstancias históricas y personales de la existencia de Manuela. Sin esta mujer excepcional, nuestra patria, nuestra vida actual no serían lo que son; no lo serían las mujeres ecuatorianas y americanas que, habiéndola conocido, aprendieron de ella la fidelidad a un ideal y a un amor que, más allá de tiempo y espacio se hallan todavía destinados a dar mejores, más granados y robustos frutos, de los que tanto necesitamos hoy.